

# *Ingleses bárbaros, mártires franceses*<sup>1</sup>

---

David A. Bell

“Aux armes, citoyens!”

Denis-Ponce Ecouchard (Lebrun), *Ode Aux Français*  
(Angers, 1762)

“Vayan, destrúyanse a sí mismos, armen a sus batallones  
y rieguen las zanjas con su sangre impura”.

Claude-Rigobert Lefebvre de Beauvrat,  
*Adresse à la nation angloise* (1757)

**E**n la mañana del 28 de mayo de 1754 ocurrió un asesinato en el bosque de lo que ahora se conoce como el surponiente de Pensilvania. Las víctimas, Joseph Coulon de Jumonville y nueve soldados a su mando, habían acampado la noche anterior en un sitio ubicado entre su base en el fuerte *Duquesene* (hoy Pittsburgh) y el fuerte británico *Necessity*, más de 40 millas al sur, adonde se dirigían. A pesar de encontrarse supuestamente en paz, Francia y la Gran Bretaña estaban inmersas en un gran juego de ajedrez militar, como en los relatos de las novelas de James Fenimore Cooper, estableciendo una serie de fuertes para afianzarse en las vastas extensiones de tierra ubicadas entre las montañas Appalachia y el río Mississippi. La misión de Jumonville consistía en conminar a los británicos a retirarse inmediatamente de lo que los franceses consideraban como su territorio. Sin embargo, en el fuerte *Necessity*, los exploradores de la tribu india séneca no

---

<sup>1</sup> Texto tomado de *El culto de la nación en Francia. Inventando el nacionalismo, 1680-1800*, Harvard University Press, 2002. Traducción de Amy García Alyuardo.

sólo habían informado al inexperto comandante británico de veintidós años de la llegada de Jumonville, sino que además lo habían convencido de que ello significaba el prelude de un ataque francés (el jefe séneca Tanaghrisson, conocido como el Medio-Rey, tenía sus propios rencores en contra de los franceses). Por tanto, el comandante se movilizó con un destacamento de soldados para interceptar a los franceses, y al amanecer se deslizó hacia el campamento francés. No queda claro quien abrió fuego primero, pero después de algunas descargas caóticas, los franceses fueron derrotados. Herido pero aún con vida, Jumonville murió bajo el hacha del jefe séneca. Los séneca tomaron varias cabelleras francesas y el recién experimentado oficial británico le escribió con gran alarde a su hermano en Virginia: “Escuché silbar las balas, y créeme que hay algo simpático en ese sonido”.

Este hecho es bien conocido por los historiadores de América del Norte desde hace mucho tiempo. El incidente no sólo inició las escaramuzas de lo que pronto se convertiría en la Guerra de los Siete Años, sino que también representó un momento clave en la carrera de un joven y confiado oficial británico llamado Jorge Washington, que casi termina prematuramente con su vida. Escasamente un mes después de la muerte de Jumonville un gran ejército francés dirigido por su hermano capturó el fuerte *Necessity* después de una batalla campal contra las fuerzas de Washington, y obligó a éste a firmar una confesión en la que admitía haber “asesinado” a un embajador que viajaba bajo la bandera de tregua. Washington se salvó de un escándalo gracias a sus repetidas afirmaciones de que no había comprendido el texto en francés que firmó, y desde entonces tanto sus detractores como sus seguidores han debatido acerca del tema.

Además de la importancia que tuvo en el estallido de las hostilidades y para la carrera de Washington, la muerte de Jumonville también ganó un lugar prominente en un teatro de operaciones muy distinto. Durante la Guerra de los Siete Años, franceses y británicos hicieron uso de abundante propaganda impresa, pero la parte francesa utilizó una y otra vez la muerte de Jumonville para denunciar la conducta traicionera del enemigo. Los panfletos, canciones, revistas y colecciones de documentos supuestamente imparciales condenaron con vehemencia a los ingleses y a Washington (en ocasiones llamado erróneamente “Wemcheston”), mientras que enaltecieron al oficial muerto como mártir de la patria. El incidente propició incluso un poema épico ferozmente patriótico, de sesenta páginas, de

Antoine-Léonard Thomas, llamado *Jumonville*. Bastan algunas líneas para dar cuenta de la idea general:

Perforado indignamente por bala asesina  
 Él cae a los pies de sus verdugos.  
 Tres veces abre sus párpados pesados,  
 Tres veces sus ojos opacos se cierran a la luz.  
 Al morir, las tiernas memorias de Francia  
 llegan a deleitar su gran alma.  
 Él muere: pisoteado por una banda inhumana,  
 Laten en la tierra sus miembros rasgados.

Este poema lanzó a Thomas a una exitosa carrera literaria, y un libro popular suizo sobre el “orgullo nacionalista” lo distinguió como el *nec plus ultra* del odio francés hacia los extranjeros. Por lo tanto, no es de sorprender que desde 1757 el periódico jesuita *Mémoires de Trévoux* comentara que “todo el mundo ha podido aprender acerca del tratamiento que se le dio al señor de Jumonville”.<sup>2</sup> La vida sin pena ni gloria de este oficial desafortunado fue eclipsada por su muerte sensacional, que logró tal reputación póstuma que se le incluyó en las múltiples biografías colectivas de “grandes franceses”, íconos de las glorias militares francesas como Virad y Duguesclin, publicadas en los últimos años del *ancien régime*. Para 1792, algunos poemas sobre la muerte de Jumonville fueron tan conocidos que Rouget de Lisle se prestó algunas líneas para escribir la “Marseillaise” (véanse, por ejemplo, las epigraffas de este artículo).

A los ojos del siglo XX con sus estándares saciados, esta literatura de atrocidades parece poco notable y hasta insípida, y por lo tanto generalmente se ha pasado por alto. Sin embargo, surgió otro escenario en donde los franceses pudieron emplear sus conceptos de nación y de patria en nuevos contextos. En este caso sucedió como respuesta a las exigencias cambiantes de la guerra y uno de sus efectos fue el cambio en las percepciones y representaciones de la misma. Por primera vez en la historia de Francia, la literatura de guerra de las décadas de

---

<sup>2</sup> *Mémoires de Trévoux* [*Mémoires pour servir l'histoire de sciences et de arts*, II, 1756-1757.

1750 y 1760 presentó un conflicto internacional, no como un duelo entre casas reales ni como un choque entre religiones, sino como una batalla entre dos naciones irreconciliables.

Como en el caso de los conflictos constitucionales, este cambio a cierto nivel ejemplifica en un cierto grado el progresivo desprendimiento de la cultura política francesa de su contexto religioso anterior. En contraste con la estridente propaganda anticatólica que brotó del otro lado del canal, la literatura bélica francesa casi nunca hizo mención de las diferencias religiosas entre Francia e Inglaterra, a pesar de la persistente intolerancia francesa hacia los protestantes y la sospecha de que algunos de éstos pudieran tener contactos ilícitos con el enemigo inglés.

La literatura de guerra francesa también formó parte de una campaña patriótica real que marcó un cambio importante de las justificaciones católicas ortodoxas de la monarquía absoluta. Sin embargo, así como los panfletistas de la época prerrevolucionaria recordaron el concepto casi religioso de “regeneración” como parte de su búsqueda de la reconstrucción nacional, los propagandistas de la Guerra de los Siete Años rompieron con sus predecesores inmediatos y adoptaron ideas y prácticas de la literatura surgida de las guerras de religión. Paradójicamente, este retorno al pasado ayudó a sentar los fundamentos para el desarrollo de las estructuras nacionalistas modernas basadas en el racismo.

Hubo dos periodos de gran xenofobia en la historia francesa del siglo XVIII: la Guerra de los Siete Años, que comenzó con la muerte de Jumonville, y la época de las guerras revolucionarias de 1792, aunque el segundo periodo ciertamente fue más intenso. En plena Revolución, las asociaciones jacobinas a lo largo de Francia borbotearon odio hacia William Pitt, ese “enemigo de la raza humana”, y denunciaron a los ingleses como una “raza de caníbales”. Bertrand Barère no sólo calificó a los ingleses como “gente ajena a la humanidad que deben desaparecer” sino también convenció a la Convención para que aprobara una moción (que afortunadamente fue poco obedecida) que instruía a los comandantes militares franceses en el campo de batalla de no tomar vivos a los prisioneros ingleses.<sup>3</sup> Sin

---

<sup>3</sup> Bertrand Barère, “Rapport sur les crimes de l’Angleterre envers le Peuple français, et sur ses atentas contre la liberté des Nations”, París, 1794, 18. En relación con el tratamiento de Pitt y el decreto de “no tomar prisioneros”, véase a Norman Hampson, *The Perfidy of Albion: French Perceptions of England during the French Revolution*, Houndmills, Basingstoke, 1988, 103-119, 142-143.

embargo, los dos periodos comparten sorprendentes similitudes. En ambos casos el cosmopolitismo tan frecuentemente asociado con la cultura francesa del siglo XVIII desapareció abruptamente de los libros y publicaciones periódicas y lo reemplazó un tono exageradamente hostil hacia los enemigos de Francia. En ambos periodos el cambio se dio especialmente por los constantes esfuerzos del gobierno francés, que movilizó recursos y opinión pública a favor de la guerra, y por la literatura de la Revolución que, de hecho, siguió modelos anteriores al pie de la letra, como el caso de la “Marseillaise”. Con base en la evidencia disponible, no se puede decir si la literatura de la Guerra de los Siete Años tuvo la misma resonancia popular como su contraparte revolucionaria que ayudó a crear una ola de movilización patriótica sin paralelo en la historia de Europa. No obstante, los modelos copiados durante el periodo revolucionario demuestran, al menos, que el cuerpo de publicaciones anterior lanzó nuevas ideas y motivos que circularon ampliamente. Por esta razón y para continuar mi estudio de la transformación del patriotismo y del sentimiento nacionalista de las últimas décadas del antiguo régimen, me concentraré en la Guerra de los Siete Años en particular, aunque también tomaré en cuenta la Revolución.

#### LOS INGLESES Y LOS BÁRBAROS

En los relatos modernos, la Guerra de los Siete Años fue un acontecimiento importante no sólo por la realineación decisiva del poder europeo que produjo (especialmente el triunfo de la Gran Bretaña y Prusia y el declive de Francia y Austria), sino también porque fue un nuevo tipo de guerra. Hasta cierto punto se le puede considerar como la primera guerra mundial, ya que los combatientes se enfrentaron en América del Norte, África, la India y en todos los océanos, así como en Europa. Durante la conflagración se gastaron sumas sin precedentes y la guerra aceleró la transformación de varios Estados de Europa Occidental en enormes máquinas fiscales y militares capaces de mantener a cientos de miles de hombres en el campo de batalla y a cientos de barcos de línea en alta mar.<sup>4</sup> Pero

---

<sup>4</sup> John Brewer, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783*, Nueva York, 1989; James C. Riley, *The Seven Years' War and the Old Regime in France: The Economic and Financial Toll*, Princeton, 1986.

en lo general ha pasado inadvertido el hecho de que los esfuerzos propagandísticos (por lo menos del lado francés) también representaron una novedad importante, aunque también es cierto que la práctica de difamar a los enemigos de la nación tuvo un precedente en la Guerra de los Cien Años y en las guerras de religión. La Guerra de los Siete Años no sólo vio la expresión de odios nacionalistas, sino también su uso sostenido en intensas campañas de prensa dirigidas a movilizar a la nación francesa en contra de una nación enemiga. El único precedente de este tipo de campaña se encuentra en la historia de guerras religiosas, en episodios como los frenéticos esfuerzos de la Liga Católica por movilizar a sus partidarios en contra del protestante Enrique de Navarra, y antes, en las batallas entre protestantes y católicos en la Alemania de Lutero.

En primer lugar se debe tomar en cuenta el increíble volumen de la producción: por lo menos ochenta escritos aparecieron anualmente en Francia durante la Guerra de los Siete Años, que sumaron más de dos veces la producción durante las guerras de sucesión de España y de Austria (esta última había terminado apenas seis años antes de la muerte de Jumonville). El *Journal encyclopédique* señaló este cambio con una ironía: “En el futuro no se podrá creer, pero la guerra entre los ingleses y franceses ha sido tan animada sobre el papel como en la alta mar”.<sup>5</sup> Desde el tiempo de las guerras de religión las imprentas francesas no habían producido tal cantidad de polémicas xenofóbicas. Es difícil reconstruir los circuitos de distribución, pero sabemos que por lo menos, el periódico *L’Observateur hollandais* de Jacob-Nicolas Moreau, que narró la muerte de Jumonville, vendió la impresionante cantidad, para esa época, de 8 000 copias. El periódico fue pirateado por editores holandeses, italianos y alemanes y traducido a varios idiomas. La naciente prensa periódica europea le puso bastante atención a estas polémicas, así como los periódicos británicos, que respondieron de igual forma. Como resultado, no sólo la muerte de Jumonville sino también otros temas importantes de propaganda francesa, tuvieron amplia difusión, como la toma triunfal de *Port-Mahon* en Minorca a manos del desafortunado Almirante Byng y la muerte del Chevalier d’Asse en la batalla de *Clostercamp*.

---

<sup>5</sup> *Journal encyclopédique par une société de gens de lettres*, 1756, VI, 78.

Asimismo, estos escritos representaron una nueva polémica en cuanto a la violencia. Aunque no parece impresionante bajo la mirada del siglo XX, el discurso alcanzó un nivel invectivo que no se había visto en la literatura bélica francesa desde el siglo XVI ni en las escasas y casi decorosas palabras escritas durante la reciente guerra de sucesión de Austria. La propaganda pintó a los ingleses como “buitres”, una “raza mentirosa”, impulsados por la “cólera ciega” y un “odio sin fin”; como pueblo que se había alejado de “esa República universal que abraza a todas las naciones en su corazón”.<sup>6</sup> Se comparó a los ingleses constantemente con los codiciosos comerciantes cartagineses y se sugirió que Inglaterra pronto compartiría merecidamente el espantoso destino de Cartago.

Sin embargo, no se podrá tener una visión completa si sólo se consideran las cifras y la violencia, sin analizar los enfoques y las estrategias utilizadas por los autores. No obstante, es de mayor importancia resaltar que la propaganda no acusó a los ingleses de “herejes”, sino que tendió a estigmatizarlos como “bárbaros” que rompían la ley, y a compararlos constante y desfavorablemente con los indios americanos. Moreau fue el primero en utilizar este tema. En su descripción de la muerte de Jumonville en *L'Observateur hollandois* de 1755, acusó a los ingleses de “infamias que han distinguido a los pueblos considerados como bárbaros por los europeos”, y de operar con “esa licencia rústica que anteriormente distinguía a los bárbaros del norte”. Además, también relacionó a la “barbarie” inglesa con la larga historia de discordia civil en Inglaterra y con la incapacidad de los isleños de dejar de matarse entre sí”.<sup>7</sup>

Siguiendo a Moreau, Antoine-Léonard Thomas virtualmente estructuró su poema épico *Jumonville* alrededor de ese tema. Comenzó con un epígrafe virgiliano mordaz: “¿Qué raza de hombre es esta? [...] ¿Qué patria es tan bárbara que puede permitir esta costumbre?”, y continuó en el mismo tono. El inglés era el “bárbaro nuevo” que cometió un “homicidio bárbaro” y demostró “un júbilo bárbaro” al cometerlo. Asimismo, Thomas afirmó en no menos de cuatro ocasiones que los propios indios, a pesar de sus cualidades de “feroces”, “cruels” y “áspe-

---

<sup>6</sup> Coulange, Ode, 3; *Considérations sur les différends des couronnes de la Grande-Bretagne et de France, touchant l'Acadie et autres parties de l'Amérique septentrionale*, Frankfurt, 1756, 23.

<sup>7</sup> Moreau, *L'Observateur hollandois, ou deuxième lettre*, 37, y *cinquième lettre*, 4.

ros”, quedaron escandalizados y furiosos por el asesinato de Jumonville. Inmediatamente después de la descripción de la muerte de Jumonville, el poeta se dirige directamente a los indios:

Por lo menos tu rectitud cruda y feroz  
 Sigue las simples leyes de la naturaleza.  
 El inglés, el nuevo bárbaro, atraviesa los mares  
 Para traer este crimen al corazón de tu desierto.  
 Ve y talla sobre tus piedras esta horrenda imagen  
 De hierro cortante y hacha sangrienta (pp. 22-23).

Para Thomas, la conducta tanto de los indios como de los ingleses, pero sobre todo de los ingleses, estaba lejos de las normas europeas del buen comportamiento y la moralidad. Este punto se reflejó perfectamente en *Mémoires de Trévoux* al reseñar *Jumonville*: “Esos ingleses del Oyo (el río Ohio)... fueron más bárbaros que los Iroquois y los Hurón. Ellos por lo menos temblaron cuando supieron del ataque a Jumonville”.<sup>8</sup>

Otros cronistas también escribieron sobre la muerte de Jumonville. El poeta Lebrun hizo eco a las palabras de Moreau mostrando su indignación contra el conquistador “bárbaro” que le dio lecciones criminales a los indios, menos merecedores del epíteto:

Avaro saqueador de la tierra y de los mares,  
 Les enseña infamia a los Hurón que desprecia  
 y llama bárbaros.<sup>9</sup>

Un abad con inclinaciones de historiador llamado Séran de la Tour, que escribió ampliamente acerca de la comparación entre Inglaterra y Cartago, dedicó dos páginas al “barbarismo inglés” y tres páginas adicionales a la “reacción horrorizada” de los indios. El abad hizo hincapié en la “discordia” que yacía en el corazón del alma inglesa.

<sup>8</sup> *Mémoires de Trévoux*, 1759, II, 1118.

<sup>9</sup> Lebrun, “Ode Nationale”, en *Oeuvres*, 403.

El incidente ocurrido en los bosques de Pensilvania proporcionó el ejemplo ideal de este tema y permeó casi toda la literatura polémica en contra de los ingleses durante la Guerra de los Siete Años (la mayor parte de la cual no trató los eventos ocurridos en América del Norte). Una y otra vez las imprentas francesas denunciaron a los turbulentos “bárbaros” ingleses y los compararon desfavorablemente con los pueblos no europeos. El autor de un poema que hablaba de las atrocidades inglesas se preguntó, por ejemplo: “En las profundas guaridas de la vasta Libia/ ¿acaso alguien jamás vio reinar a tanta barbarie?”.<sup>10</sup> Los versos satíricos de aprobación irónica de la ficticia Real Academia de Berbería de Tunes otorgaron un parlamento particularmente agudo en boca de Montcalm, el general francés que pronto se enfrentaría a la derrota y a la muerte en la Planicie de Abraham:

[...] amigos, ustedes nacieron franceses.  
No imiten el barbarismo y el tono de los ingleses  
En esta horrenda depredación.  
Permitan que la nación salvaje actúe...  
Un Iroquois tiene mucha más misericordia  
Que esos milores que compran sus títulos.<sup>11</sup>

Lefebvre de Beauvray, el ministro publicista, dijo a los lectores de su poético *Adresse à la nation angloise* de 1757: “Sí, son ustedes a quienes hemos visto, portando en su pecho/ Toda la crueldad del fiero africano”. Robert-Martin Lesuire dedicó una novela cómica a este tema: *Les sauvage de l'Europe*; el héroe de Lesuire dice: “Los ingleses se encuentran en el punto medio entre los hombres y las bestias”, y “La única diferencia que puedo ver entre los ingleses y los salvajes de África es que los primeros perdonan al sexo débil”.

La polémica de este tipo difícilmente tuvo precisión lexicográfica; sin embargo, los textos casi siempre distinguieron a los “bárbaros” ingleses de los “salvajes” no europeos (Lesuire fue la excepción principal). Este último término siguió el sentido original de la palabra “*selvaggi*”, o habitantes del bosque del periodo mo-

<sup>10</sup> Audibert, en *Recueil*, 49.

<sup>11</sup> “L’Albionide, ou l’Anglais démasqué : Poëm héroï-comique, Aix, 1759, 80.

dermo temprano, que se refería a criaturas sin un hogar fijo, sin leyes o buenas costumbres y posiblemente hasta sin idioma, pero sin dolo o hipocresía. Este término significaba, por lo general, una mayor cercanía a la naturaleza y al estado original del hombre. En contraste, el término más peyorativo de “bárbaro” implicaba un grado de corrupción social y un rechazo consciente de las buenas costumbres (particularmente de la ley), que se aplicó principalmente a los pueblos no europeos que contaban con un alto grado de organización social (como los pobladores de la costa de Berbería).<sup>12</sup> Para ilustrar esta diferencia concretamente, los autores del siglo XVIII hablaron de “nobles salvajes”, pero nunca de “nobles bárbaros”.<sup>13</sup>

En general, la yuxtaposición de los ingleses con pueblos no europeos sirvió a un propósito polémico obvio, aunque no fue un tema totalmente nuevo para los propagandistas franceses. Durante las guerras de religión, cuando los españoles tuvieron el papel de enemigo nacional, los hugonotes y los *politiques* ocasionalmente los denunciaron a ellos como bárbaros y alegremente copiaron las injurias de los relatos de Las Casas respecto de las atrocidades cometidas por los españolas en el Nuevo Mundo. A pesar de esto, en los años cincuenta del siglo XVIII, tanto la renovada predilección por este tema como las dimensiones que tomó la literatura bélica misma, constituyeron una novedad y merecen una explicación.

#### MOVILIZANDO A LA NACIÓN

¿Quiénes escribieron esta literatura y a qué lectores buscaban atraer? Aunque muchos de los textos son anónimos, es posible pensar que esta literatura no surgió de forma espontánea de los pechos inspirados de patriotas. En gran medida (aunque no se sabe hasta qué grado), fueron inspirados por el Ministerio Real. Más tarde, el satirista hostil Moffle d'Angerville escribió: “Estos escritos fueron pro-

<sup>12</sup> Sobre esta terminología, véase a Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge, 1982, 15-26; *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France, c. 1500-c. 1800*, New Haven, 1995; Olive Patricia Dickason, *The Myth of the Savage and the Beginnings of French Colonialism in the Americas*, Calgary, 1984, 61-94; Michéle Duchet, *Antropologie et histoire au siècle des lumières*, París, 1973, repr. 1995, 217.

<sup>13</sup> Mi agradecimiento a Stéphane Pujol por esta observación.

ducidos bajo el auspicio del Ministerio Real, cuyo patrocinio secreto permanece oculto, por lo que parecen ser sólo las efusiones de un corazón patriótico”.<sup>14</sup>

El personaje clave fue nada menos que Moreau, a quien el Departamento de Asuntos Exteriores le proporcionó amplios fondos, los servicios de un traductor y asistente y documentos confidenciales con los que pudo escribir panfletos y producir gran parte de dos periódicos, como el muy exitoso *L'Observateur hollandois* y, durante la guerra, *Le Moniteur françois*. Asimismo, publicó en formato de libro, tanto en inglés como en francés, los documentos decomisados a Washington en el fuerte Necessity.<sup>15</sup> La nutrida evidencia textual sugiere que otros autores tomaron sus fuentes, materiales y temas directamente de los textos de Moreau, ya que algunos lo admitieron abiertamente, mientras que otros plagieron líneas y citas del libro. Thomas tomó el prefacio de *Jumonville* casi palabra por palabra de *L'Observateur hollandois*, y hasta su epigrama virgiliana ya había aparecido en sus páginas (palabras del doctor Swift: “Consigue fragmentos de Virgilio de tus amigos y tenlos en la punta de tus dedos”). Asimismo, el ministerio empleó a otros propagandistas oficiales, entre los que probablemente se encontraba el abogado anglófobo y prolífico Lefebvre de Beuvray (quien también cooperó en contra de los *parlements*). Un año después de haber escrito *Jumonville*, Thomas se convirtió en secretario particular de Choiseul, ministro de Relaciones Exteriores. La poesía bélica inundó las páginas de los periódicos oficiales, como el *Mercure de France*, y parece ser que muchos de los más de 150 poemas, canciones y “*fêtes*” compilados en un volumen publicado en 1757 contaron con apoyo oficial.<sup>16</sup>

Al menos al principio, el ministerio buscó un público más internacional que francés. La contratación de Moreau en 1755 se hizo con el fin principal de mantener la neutralidad de los Países Bajos en el conflicto franco-inglés que estaba a

<sup>14</sup> Barthélémy-Francois-Joseph Moufle d'Angerville, *Vie privée de Louis XV, ou principaux événements, particularités et anecdotes de son règne*, Londres, 1785, III, 84-85, citado en Dziembowski, *Un nouveau patriotisme*, 106-107.

<sup>15</sup> Al respecto de las actividades de Moreau, véase *Mes souvenirs*, I, 57-63. Los documentos que le fueron decomisados a Washington se publicaron como [Moreau] *Mémoire* y traducidos al inglés como *A Memorial, Containing a Summary View of Facts, with Their Authorities in Answer to the Observations Sent by the English Ministry to the Courts of Europe*, París, 1757.

<sup>16</sup> *Recueil général*... Este volumen incluyó piezas escritas por oficiales militares y miembros de los guardaespaldas del rey, así como varias odas de Voltaire y piezas previamente publicadas en material periódico. Asimismo, incluyó piezas en provenzal.

punto de estallar, por lo que en *L'Observateur hollandois* el abogado parisino asumió el personaje poco convincente de un robusto ciudadano holandés. Su publicación de los documentos de Washington asumió la forma de un especie de codicilo extraoficial de la declaración oficial francesa de guerra y sirvió como testimonio para justificar la causa francesa. Sin embargo, el periódico se publicó en francés, y cuando Moreau se jactó del impacto provocado, tenía en mente a un público propiamente francés y no al de los Países Bajos. En el número dedicado a la muerte de Jumonville escribió acerca de los franceses: “¿Cuándo aprenderá esta Nación amable y generosa a divertir su imaginación con objetos dignos de ocupar su razón? ¿Cuándo podrá el amor de la *patrie* que vive en el corazón de todos los franceses comunicar su calor a las muchas mentes que se ocupan completamente con cuestiones áridas y frívolas?”.<sup>17</sup> No es este el tipo de discurso que encendiera el corazón de lectores holandeses.

Conforme progresó la guerra, las primeras victorias francesas se convirtieron en cenizas y Francia se enfrentó a la posibilidad de una derrota masiva que incluía la pérdida de gran parte de su imperio de ultramar. El propósito principal de la propaganda comenzó a quedar más claro: se trataba de movilizar a los lectores franceses en favor de los esfuerzos bélicos de la corona. *Le Moniteur françois* se dirigió abiertamente al público doméstico y Moreau recontó en sus memorias que un panfleto que escribió comparando a Francia con Inglaterra (cuya publicación fue cancelada rápidamente por el ministerio cuando los negociadores acordaron los términos de la paz) tuvo como objetivo “restablecer la confianza que necesitábamos más que nunca y levantar nuestro valor”. Asimismo, en un trabajo intitulado *Lettre sur la paix*, dijo: “Yo exhorté a la nación a rescatar las costumbres, el valor y las virtudes de sus ancestros”. Al mismo tiempo, el ministerio intentó acallar las expresiones anglófilas que habían florecido en los medios impresos durante la guerra de sucesión austriaca y exponer el “cosmopolitismo” como un pecado particularmente grave.<sup>18</sup> Edmond Dziembowski argumentó de

<sup>17</sup> Moreau, *L'Observateur hollandois, ou deuxième lettre*, 6.

<sup>18</sup> *Mes souvenirs*, I, 129; Jacob-Nicolas Moreau, *Lettre sur la paix*, Lyon, 1763. Esta fue la época de la sátira famosa de Moreau, *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacaouacs*, Ámsterdam, 1757, y de *Les philosophes*, París, 1760, de Charles Palissot, así como de muchos otros trabajos *anti-philosophe*, sin mencionar el endurecimiento en la censura de los propios *philosophes*.

forma convincente que la literatura francesa encontró un modelo de fervor patriótico en la propia Inglaterra (aunque este fervor estaba relacionado con la naturaleza turbulenta de los ingleses y su política que supuestamente se manifestaba en todos los planos, desde los motines electorales hasta la ejecución de Carlos I).<sup>19</sup>

Al cambiar el esfuerzo propagandista, dirigido al menos parcialmente a un público internacional, por uno que se orientaba a estimular la “confianza” y el “valor” doméstico y a la idea de presentar la imagen de una nación unida, los escritos de la Guerra de los Siete Años siguieron hasta cierto punto un modelo elaborado en el mismo siglo, durante la guerra de sucesión española. Aunque en menor medida, el ministerio habría entonces financiado unos panfletos para convencer a los observadores neutrales en el extranjero de la justicia de la causa francesa.<sup>20</sup> Conforme se tornaba más desesperada la situación bélica para el lado francés, la corona emitió varias cartas públicas, supuestamente escritas por el propio rey, en las que Luis XIV enfatizaba el amor por su pueblo y su deseo de asegurar una paz duradera y honorable. Una carta dirigida a los gobernadores reales se leyó desde los púlpitos de las iglesias en todo el reino. Moreau consultó a De la Chapelle para escribir a *L'Observateur hollandais* y varias publicaciones patrióticas de la mitad del siglo evocaron la carta del rey al presentar sus propias exhortaciones a los franceses.

Sin embargo, la diferencia entre los dos tipos de literatura bélica es enorme, ya que la primera guerra fue una de reyes y casas reales. De la Chapelle no atacaba a los austriacos sino a las perfidias e infamias de la “Casa de Austria” y del “emperador”, y si utilizó la palabra “bárbaro” fue para describir “las máximas bárbaras de la Casa de Austria”. Cuando el ministerio apeló a la nación francesa lo hizo bajo el contexto de un rey que dialoga con sus nobles gobernadores *acerca* de sus “fieles súbditos”. La literatura de la Guerra de los Siete Años, incluyendo un manifiesto escrito por el propio ministro de Asuntos Exteriores, Choiseul, representó el conflicto entre Francia y la Gran Bretaña de forma totalmente dife-

<sup>19</sup> E. Dziembowski, *Un Nouveau Patriotisme*, 298-311.

<sup>20</sup> Jean de la Chapelle, *Lettres d'un Suisse, que demeure en France, á un François, qui s'est retiré touchant l'état présent des affaires en Europe*, s.i., 1704.

<sup>21</sup> Etienne-François, duc de Choiseul, *Mémoire historique sur la négociation de la France et de l'Angleterre depuis le 26 mars 1761 jusqu'au 20 septembre de la même année, avec les pièces justificatives*, Paris, 1761.

rente, como una guerra entre naciones.<sup>21</sup> El contribuidor anónimo del periódico de Fréron (posiblemente el propio Fréron) expresó esta diferencia de forma enfática: “Hay guerras en las que la nación únicamente se motiva por sumisión al Príncipe; esta guerra es de una naturaleza diferente; es la nación inglesa que por acuerdo unánime ha atacado a nuestra nación para despojarnos de algo que le pertenece a cada uno de nosotros”.<sup>22</sup>

Con esta perspectiva, el énfasis que Moreau y sus colegas le dieron a la muerte de Jumonville tomó un significado adicional; no había sido un emisario de la Casa de Hanovre quien dio muerte a Jumonville en el valle de Ohio (de hecho, el rey británico, Jorge II, apenas figuró en la literatura bélica), sino que el villano era el “inglés bárbaro” y, en general, todos los “bárbaros ingleses”. Por otro lado, la víctima no había sido un noble ilustre o príncipe de sangre real, sino, en el *Jumonville* de Thomas, “nadie más que un oficial francés sencillo”, pero por lo mismo el prototipo de su nación: “Del francés virtuoso, así es el carácter”.<sup>23</sup>

Esa diferencia muestra lo mucho que había cambiado Francia en cuarenta años. Los franceses se habían acostumbrado a verse como una “nación”, y sobre todo como una nación capaz de movilizarse, en vez de seguir al rey como un rebaño de borregos. En este sentido, la experiencia de la Guerra de los Siete Años contribuyó a formar el concepto de “nación” como un artefacto político, algo que se construyó conscientemente por medio de un acto de voluntad política colectiva. Asimismo, las élites gobernantes se habían acostumbrado a tratar a Francia como una colectividad con unidad interna propia y ciertos “derechos” legítimos. En este sentido, tanto la expansión de la esfera pública en Francia como el terremoto político de principios de la década de 1750 tuvieron una importancia absolutamente fundamental. Para esa década, el ministerio ya estaba aprendiendo a utilizar los medios impresos para defender sus acciones y justificarlas ante la “nación” o ante la “opinión pública” por medio de las redes de distribución de un material impreso en constante expansión. Por tanto, la guerra se presentó como una empresa en la que cada ciudadano tenía intereses arraigados.

<sup>22</sup> *Project Patriotique*, 42.

<sup>23</sup> Thomas, *Jumonville*, xvi, 18.

## LA IDENTIDAD NACIONAL Y LA UNIDAD EUROPEA

Si la guerra era entre naciones, entonces no era sólo una guerra de todos los franceses, sino también una guerra contra todos los ingleses. Los panfletistas debían satanizar no sólo a un simple rey enemigo o a sus consejeros, sino a toda una nación enemiga. Este cambio de enfoque presentó grandes problemas. En octubre de 1755, Moreau escribió zalameramente en *L'Observateur hollandais* que no buscaba “acusar a una Nación Amiga”, aunque inmediatamente procedió a preguntar cómo se podía “separar del resto de la nación de un oficial [Washington] cuyo crimen [...] aparentemente fue la señal para iniciar toda suerte de hostilidades”, y en páginas posteriores afirmó que: “Sí, Monsieur, a pesar de cualquier deseo que tenga de justificar a la nación inglesa, los hechos hablan demasiado fuerte en su contra”.<sup>24</sup> Un mes después cambió de postura en una fascinante disertación sobre el carácter nacional inglés:

No les atribuyo a todos los ingleses los excesos que aparentemente atraen a la mayor parte de la nación. Hago más. Hago la distinción entre dos Naciones, una nación sabia que actualmente consiste de una pequeña minoría [...]. Sin embargo, existe otra nación en Inglaterra, si acaso se le puede dar este nombre a esa multitud que no se toma en cuenta y que se subyuga por el odio. Una asamblea tumultuosa de toda suerte de partidos diferentes, no es una Nación que consulta, que refleja, que delibera, es un pueblo que llora, que agita y que exige la guerra.<sup>25</sup>

Otros escritores siguieron el ejemplo de Moreau. En *Mémoires de Trévoux* se regañó a “la gente común por la ferocidad que ya no pertenece a las costumbres de Europa”.<sup>26</sup> El abad Le Blanc, panfletista semioficial francés, denunció “la imbecilidad de esos Fanáticos [ingleses] quienes toman la voz del Pueblo y los gritos de una población ignorante que ellos mismos han agitado”.<sup>27</sup> El *Journal*

<sup>24</sup> Moreau, *L'Observateur hollandais, ou troisième lettre*, 3, 4, 12.

<sup>25</sup> Moreau, *L'Observateur hollandais, ou troisième lettre*, 6-8.

<sup>26</sup> *Mémoires de Trévoux* (1756), II, 1750-1751.

<sup>27</sup> Abad Le Blanc, “Le patriote anglois, ou réflexions sur les Hostilités que la France reproche à l'Angleterre” (Ginebra, 1756), ii.

*encyclopédique* denunció a la “salvaje población [inglesa], que pensando abrazar el fantasma de la libertad puede entregarse a los horribles insultos de otras Naciones”.<sup>28</sup>

Era obvio el motivo por el cual los autores hacían distinciones tan cuidadosas entre una muy pequeña minoría de ingleses buenos y la aplastante mayoría de ingleses malignos. Como bien sabían, las acusaciones colectivas en contra de la nación inglesa podrían tener poca credibilidad entre el público lector que había consumido una dieta constante de literatura anglófila por más de veinte años, que había mostrado reverencia y no odio hacia la nación del otro lado del Canal. Desde las *Cartas filosóficas* de Voltaire, la exaltación por parte de Montesquieu de la Constitución inglesa, la postración de Diderot ante Samuel Richardson (“Oh Richardson, Richardson [...] te guardaré en la misma repisa junto con Moisés, Homero, Eurípides y Sófocles”), hasta la adulación generalizada de Locke y Newton, los filósofos más importantes jugaron un papel destacado.<sup>29</sup> La anglomanía ardió en otras áreas también, notablemente en la moda y en el deporte, mientras que el siglo XVIII adoptó palabras como *le club* y *le jockey* que marcaron el nacimiento del “franglais”. Una buena parte de la literatura maduró en el siglo XVIII tan sólo para inocular a los franceses en contra de la enfermedad de la anglomanía, y aun así no se pudo evitar el escandaloso comentario de Mlle. de l’Espinasse, de que “sólo la gloria de Voltaire me consuela por no haber nacido inglesa”. El novelista popular y poeta Baculard Arnaud reconoció el problema en su poema de 1762, que decía que “Sus Lockes y sus Newtons/ No fueron los que les enseñaron esas lecciones bárbaras”.<sup>30</sup>

Aunque ninguna otra nación extranjera tuvo una respuesta tan visceral y emocional como la de Francia hacia Inglaterra, la anglomanía formó parte de un fenómeno más amplio del siglo XVIII: la creciente conciencia por parte de los lectores franceses de su identidad como europeos. La idea de Europa como una unidad política contaba con un pedigrí largo y augusto y la sombra del imperio europeo no había desaparecido aún del continente, pero en el siglo XVIII los es-

<sup>28</sup> *Journal encyclopédique*, 1756, I, 30-31.

<sup>29</sup> Denis Diderot, “Eloge de Richardson”, en *Oeuvres complètes*, París, 1951, 1063.

<sup>30</sup> Citado en Dziembowski, *Un nouveau patriotisme*, 184.

critores también comenzaron a percibir lo que ahora consideraríamos una estrecha unión cultural europea. En *Le poème sur la Bataille de Fontenoy* (un poema de guerra, pero de la relativamente educada guerra de sucesión austriaca) Voltaire escribió: “Los pueblos de Europa poseen principios humanistas comunes que no pueden encontrarse en otras partes del mundo [...]. Cuando un francés, inglés o alemán se encuentran parecen haber nacido en el mismo pueblo”.<sup>31</sup> Asimismo, una reseña del *Journal encyclopédique* de 1760 también insertó este punto en un contexto global: “Existe una diferencia perceptible y sorprendente entre los habitantes de Asia y los de Europa [...]. Sin embargo, el poder entender las diferencias sutiles que distinguen a un habitante de Europa de otro es mucho más difícil y requiere de mayor discernimiento”.<sup>32</sup> En un plan para la paz mundial, el joven Rousseau comentó que “Europa no es simplemente una colectividad de naciones [...] sino una sociedad verdadera con su propia religión, su moralidad, su propio estilo de vida y hasta sus propias leyes”. Retomó el tema de forma más crítica en *Emilio* y en *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, cuando dijo que “[a] pesar de lo que uno pueda decir, hoy día ya no existen franceses, alemanes, españoles o ingleses; se puede decir lo que se quiera, pero sólo existen europeos. Todos tienen los mismos gustos, pasiones y costumbres, porque ninguno de ellos ha adquirido una condición nacional a través de una educación particular”.<sup>33</sup>

Muchos factores estimularon esta nueva conciencia, entre ellos una mejor comunicación, el desarrollo de los medios periódicos, la enorme influencia cultural de la propia Francia y la disminución de las animosidades religiosas internacionales. El profundo compromiso católico con una comunidad humana universal que penetró la cultura francesa en el siglo XVIII sólo pudo haber reforzado estos acontecimientos. Además, Europa representó varios de los conceptos fundacionales, como sociedad, policía, civilización y moral. En ninguna otra parte, salvo quizá en China, se llegó a un acuerdo como el que sostuvieron los escritores franceses

<sup>31</sup> Voltaire, *Fontenoy*, Discours préliminaire, sin número de página.

<sup>32</sup> *Journal Encyclopédique*, 1760, VIII, 104. Este escritor anónimo también comentó que “los orientales mismos reconocen la superioridad mental de los europeos”.

<sup>33</sup> *Oeuvres complètes* (Introd., núm. 42), III, 960, *Emile* (cap. 2, núm. 48), 593: “lentamente se borra el carácter original de los pueblos... Conforme se mezclan las razas y se funden los pueblos, vemos cómo poco a poco van desapareciendo las diferencias nacionales que una vez nos sorprendieron a primera vista.

acerca de que el progreso había llevado a estos conceptos a un nivel tan alto de desarrollo, veredicto que Voltaire celebró y Rousseau deploró. La posición de la mujer fue crucial para estos argumentos, aunque este tema no fue prominente en la literatura bélica.

El poema de Voltaire y la reseña en el *Journal encyclopédique* sugieren un factor final y crucial: la expansión vertiginosa del interés y de la información sobre las culturas no europeas durante el siglo XVIII. Basta con leer a *Cándido* y el *Espíritu de las leyes* para ver el lugar tan importante que ocupó el mundo no europeo en la imaginación de la Ilustración francesa, y en todo caso, a partir de varios trabajos anteriores, la propia Duchet proporciona información adicional. La literatura de viajeros como las “Relaciones” de los jesuitas (relatos de su actividad misionera), los periódicos, atlas, novelas orientalistas y trabajos sintéticos de filosofía permitieron más que nunca que los franceses se familiarizaran con una gama más amplia de la diversidad humana.

Dentro del contexto de esta nueva percepción sobre la identidad europea, los comentarios en las *Mémoires de Trévoux* acerca de que la gente común inglesa mostraba una “ferocidad que ya no pertenece a las costumbres europeas”, asumió un significado particular porque sugirió el motivo por el cual la imagen del “inglés bárbaro” tuvo una resonancia tan poderosa en la propaganda francesa. La afirmación de que la Guerra de los Siete Años fue una guerra entre naciones y no entre casas reales entró en conflicto con la idea de que los europeos cada vez se unían más, y con la imagen de que Francia e Inglaterra en particular tendían puentes simbólicos a través del canal. ¿Cómo hicieron Moreau, Thomas y los demás escritores para que las diferencias dentro de Europa aparecieran como infranqueables cuando el consumo de tanto material impreso por los lectores demostraba lo contrario?

El poder de la imagen del “inglés bárbaro” yacía precisamente en la separación simbólica de los ingleses de Europa y su ubicación en las costas de Trípoli, o incluso más lejos en una oscuridad externa, más allá aun del “salvajismo” de los africanos y de los indios americanos. Esta imagen reveló que los ingleses, o por lo menos la mayoría de ellos, únicamente parecían europeos, pero que en realidad no contaban con las cualidades necesarias de educación, sociabilidad y respeto por la ley, y los ubicó en el extremo opuesto de la escala lineal del desarrollo

histórico. La etiqueta de “bárbaro” sugiere que los ingleses, al contrario de los más maleables “salvajes” americanos habían, de hecho, rechazado la sociedad de las naciones avanzadas. En resumen, si las representaciones de los americanos o africanos salvajes fueron centrales para la invención de la idea de una Europa civilizada, entonces también proporcionaron un estándar de comportamiento extraño y primitivo (de lo “otro”) que se podía utilizar, según las necesidades políticas, para medir a otros pueblos europeos y contribuir a la construcción de una más específicamente nacional y nueva autoimagen.

#### LA ESCUELA DE ARTES Y HUMANIDADES

Si la imagen del inglés bárbaro sirvió para “deseuropeizar” a los ingleses, también ayudó a establecer a la propia Francia como el centro simbólico de Europa. La autoimagen nacional que ayudó a construir tuvo poco en común con la propuesta por los escritores ingleses de esta época, que veían a Inglaterra como un nuevo Israel, un pueblo escogido y fundamentalmente distinto a los demás. La imagen francesa era parecida a la de una nueva Roma, un centro abierto y acogedor para la civilización universal; y en este contexto, la literatura bélica coincidió en buena medida con la evolución del nacionalismo y el patriotismo francés a lo largo del siglo XVIII.

Como ya se ha visto, la manera en que los franceses se definieron durante el siglo XVIII no consistió en trazar una frontera drástica entre ellos y los “otros” extranjeros; más bien tendieron a minimizar las connotaciones de exclusividad y fatalidad que habían sido asociadas con el concepto de *patrie* desde la antigüedad e intentaron hacer al patriotismo compatible con una comunidad humana universal en donde todas las naciones siguieran el mismo camino lineal de desarrollo. Este universalismo, sin embargo, no significó modestia alguna sobre la posición de Francia en la familia de naciones. A lo largo del periodo moderno temprano, desde por lo menos el periodo del *Método para la fácil comprensión de la historia* de Jean Bodin, los escritores franceses intentaron generalmente identificar la etapa más alta del desarrollo humano, no solamente europeo, sino de la propia Francia. Frecuentemente fundamentaron sus premisas en las teorías del clima, argumentando que su clima templado y la fertilidad hacían de Francia una

tierra propicia para los logros espirituales que hacían a los franceses, de carácter naturalmente moderado, los verdaderos cosmopolitas naturales, los de las mejores cualidades de entre *todas* las naciones.<sup>34</sup> En el siglo XVIII los contribuyentes más sutiles de la teoría del clima (particularmente Montesquieu y Bufón) evadían dichas pretensiones chovinistas, pero muchos otros las abrazaron. Antoine de Rivarol, por ejemplo, escribió que “al proporcionar [al francés] un clima amable la naturaleza, no lo pudo haber hecho burdo: ha hecho de él un hombre para todas las naciones”.<sup>35</sup> De la misma forma, D’Espiard de la Borde argumentó que “entre las naciones, Francia puede enorgullecerse del afortunado Clima templado y Mentes templadas que no producen efectos bizarros ni en la Naturaleza ni en las Normas”. Las normas francesas eran perfectamente compatibles con las de todas las demás naciones, y por tanto d’Espiard concluyó que Francia, “es el polo principal de Europa”.<sup>36</sup> En “The Physics of History”, un trabajo similar al de d’Espiard, el clérigo Thomas-Jean Pichon escribió que “las almas [francesas], capaces de todas las modificaciones en un sentido, son como su territorio, que es capaz de producir todo tipo de fruta”.<sup>37</sup> Durante la Revolución francesa el cosmopolita mesiánico Anacharsis Cloots preguntó: “Realmente, ¿por qué habrá ubicado la naturaleza a París a una distancia igual del polo al ecuador, sino para que fuera la cuna y la metrópolis para la confederación general de la humanidad?”.

De estos argumentos se puede desprender que los franceses tenían la obligación de comportarse no sólo como la sede del aprendizaje mundial (y de esta forma cumplir la venerable promesa del *translatio studii* de Atenas a Roma a París), sino también como los maestros del mundo. Sus conciudadanos europeos podrían reconocer la superioridad de Francia y, por voluntad propia, copiar sus modas y aprender su idioma. Sin embargo, más allá de que Europa cumpliera el destino del francés como “el hombre de todas las naciones”, exigía una versión temprana

---

<sup>34</sup> Para un compendio breve de estos trabajos, véase a Henry Vyverbert, *Human Nature, Cultural Diversity, and the French Enlightenment*, Nueva York, 1989, 66-71.

<sup>35</sup> Rivarol, *L’universalité de la langue française*, París, 1991, 25.

<sup>36</sup> D’Espiard, *L’esprit des nations*, La Haya, 1753, II, 25; I, 145; II, 126.

<sup>37</sup> Thomas-Jean Pichon, *La physique de l’histoire, ou Considérations générales sur les Principes élémentaires du temperament et du Caractère naturel des Peuples*, La Haya, 1765, 262-263.

de lo que llamarían en el siglo XIX la “misión civilizadora” de la nación.<sup>38</sup> Dicha misión era, de hecho, un principio de la teoría moderna temprana del imperialismo francés. Por ejemplo, las autoridades francesas en Canadá hicieron declaraciones anteriores en cuanto a que todos los “salvajes” que aceptaran el catolicismo serían “considerados y tendrían reconocimiento como franceses nativos”, y el contralor general Colbert alentó los matrimonios mixtos entre indios y franceses “para que en el curso del tiempo, bajo una ley y un amo, puedan constituirse en un pueblo y una raza”.<sup>39</sup> Dichas ideas poblaron la literatura de los relatos de viajes y las “Relaciones” de misioneros que los colegios jesuitas presentaban a sus estudiantes.

No es de sorprender que dichas ideas también aparecieran de forma prominente en la literatura polémica de la Guerra de Siete Años, y con más fuerza en aquellos textos que insistían en desplegar la imagen del inglés bárbaro. El *Jumonville* de Thomas, por ejemplo, describe a los indios americanos en términos que el mismo Colbert seguramente hubiera aprobado:

Los habitantes rudos de esas costas distantes,  
Formados por nuestras lecciones, instruidos por nuestras costumbres,  
en la escuela de las artes y la humanidad  
Corrigen su aspereza y normas salvajes...  
Sus corazones sencillos e ingenuos en su ferocidad,  
Respetan la sagaz autoridad del francés.<sup>40</sup>

En este poema, la propia muerte de Jumonville le brinda a los indios una lección sana, ya que sin haberla atestiguado, no podrían superar su “burdeza inflexible” y permanecerían sordos a la compasión, tomándola como una debilidad. Sin embargo, al ver el crimen de Washington: “Por primera vez se sintieron débiles/ De sus ojos se podía ver cómo brotaban sus lágrimas”. Asimismo, el novelista Le-

---

<sup>38</sup> El estudio más reciente sobre la “misión civilizadora”, en *A Mission to Civilize: The Republican Idea of Empire in French West Africa, 1895-1930*, Stanford, 1997, de Alice Conklin, reconoce sus orígenes renacentistas, aunque no los discute a fondo.

<sup>39</sup> F.A. Isambert *et al.*, *Recueil des anciennes lois françaises*, 18 vols., París, 1821-33, XVI, 423.

<sup>40</sup> Thomas, *Jumonville*, 8.

suire representó a los franceses como educadores de los ingleses salvajes, aunque con poco éxito. Tal como uno de sus pocos personajes simpatizantes comenta en una escena crucial: “Más que cualquier otra gente, nuestros vecinos [los franceses] pueden suavizar nuestras normas y enseñarnos los lazos de la sociedad que al hacerlos agradables, hacen que la vida sea preciosa, pero aquí hacemos nuestra obligación la de odiarlos. *Conforme sigamos odiando a los franceses seguiremos siendo bárbaros*” (el énfasis es mío).<sup>41</sup>

Sería incorrecto decir que dichas representaciones de Inglaterra y Francia y la relación entre ambos tuvieron un impacto uniforme en Francia. El pesado legado de la anglomanía y el cosmopolitismo no se disipa tan fácilmente, ya que estas representaciones fueron por lo menos parcialmente oficiales y constituyeron elementos de una estrategia consciente por parte del ministerio para movilizar a la población a favor de la guerra; resulta además imposible medir con algún grado de certeza qué tan ampliamente fueron aceptadas por la población en general. Sin embargo, se puede decir que estas representaciones expandieron permanentemente el terreno del discurso político francés, sugiriendo formas de ver a las naciones, tanto a la francesa como a las extranjeras, que reaparecerían en la cultura política francesa, particularmente durante la Revolución.

Finalmente, lo más original y significativo fue el concepto de que existía una diferencia esencial e inalterable entre las dos naciones. En el siglo XVIII los criterios más comunes para aducir diferencias en el carácter nacional fueron el clima, el sistema político y la ubicación en la escala lineal de la evolución histórica, en la cual, por ejemplo, se situaron los indios americanos, aproximadamente en la misma posición que a los griegos antiguos. Por este motivo los historiadores, en general, se han opuesto tanto a las nociones dieciochescas de las diferencias humanas como a las nociones del siglo XIX basadas en el racismo, ya que con estos criterios las características de un pueblo podían cambiar fácilmente (como en la propuesta de Buffon que sugiere que los africanos trasplantados a los países escandinavos se convertirían eventualmente en blancos). Los escritores polémicos de la mitad del siglo XVIII constantemente ligaron los errores de los ingleses a todos estos factores, particularmente a la turbulencia de las políticas inglesas y al cli-

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, 44, 61-62.

ma (como lo puso concisamente Buiette de Belloy, “un clima perpetuamente aborrecible”). Sin embargo, la táctica de estigmatizar a los ingleses como bárbaros estableció un nuevo criterio que incluía a los indios salvajes dentro del alcance de la misión civilizadora francesa, pero dejaba fuera a los ingleses por su perverso rechazo de la sabiduría francesa. Una vez más, en *Les sauvages de l'Europe*, Lesuire expresó esta idea con toda claridad. Al principio de su novela, y de acuerdo con las teorías de las diferencias basadas en el clima, uno de sus personajes observa que Europa tiene dos pueblos verdaderamente bárbaros, ambos en el norte: los lapones y los ingleses; sin embargo, añade una diferencia adicional, “Los segundos son bárbaros de corazón”. De igual manera, para Lefebvre de Beauvray, la “crueldad de la fiera África” era algo que el hombre inglés llevaba “en su pecho”. En suma, este lenguaje sirvió para profundizar el concepto de una guerra entre naciones, y para que ésta se viera como una lucha a muerte e inevitable entre dos pueblos irreconciliables.

#### HACIA LAS GUERRAS REVOLUCIONARIAS

Cuando Francia y la Gran Bretaña firmaron la Paz de París en 1763, había cambiado la actitud oficial hacia el enemigo del otro lado del canal. Los mártires como Jumonville ya no tenían demanda, y el espectro del inglés bárbaro rápidamente se desvaneció. Lefebvre de Beauvray, quien sólo recientemente había espetado su odio eterno a esa “raza de perjuros” inglesa, de pronto e hipócritamente se reveló como un anglómano secreto, recitando rapsodias: “El inglés y el francés, unidos por sus talentos/ Siempre imitadores el uno del otro, pero enemigos frecuentes”.<sup>42</sup> Como hemos visto, aún en las dos obras teatrales de la etapa de la posguerra frecuentemente citadas por los historiadores como ejemplos primordiales de la anglofobia francesa (*L'Anglois à Bordeaux* de C.S. Favart y *Le siège de Calais*), emerge un cuadro aún más matizado del “inglés bárbaro”. En ambos casos y gracias en parte a la influencia civilizadora de la mujer francesa (de particular importancia para Favart), los protagonistas ingleses crudos e insociables finalmente comprueban su susceptibilidad a la forma de ser de los sabios franceses.

<sup>42</sup> Claude-Rigobert Lefebvre de Beauvray, *Le monde pacifié, poème*, París, 1763, 6.

Tampoco regresaron con fuerza los “ingleses bárbaros” durante la guerra de independencia americana. Aunque se encontraban nuevamente en guerra con Inglaterra, los franceses también fueron aliados de los que una vez habían sido los colonizadores ingleses, ahora bajo el mando del bárbaro principal de 1754 (luchando del lado americano, un voluntario francés sencillamente no podía creer que el imponente general fuera el mismo hombre que había asesinado a Jumonville).<sup>43</sup> Cuando en 1780 Lesuire publicó una versión corregida de *The Savages of Europe*, bajó sustancialmente el tono de su cuadro, llamando a Inglaterra “una Nación rival, y una a quien debemos estimar porque se le puede comparar con nosotros desde muchos puntos de vista”. En esta guerra, la propaganda francesa, incluyendo los nuevos trabajos de Lefebvre de Beauvray, criticaba a los ingleses principalmente por su orgullo excesivo y por sus intentos de establecer un imperio marítimo universal.

Los revolucionarios franceses hicieron poco para revivir el concepto de la guerra entre naciones. Durante los años de la Declaración de Paz para el Mundo, emitida por la asamblea constituyente, y de las frecuentes proclamaciones sobre la hermandad entre los pueblos bajo el concepto de Francia como el polo de la civilización y maestra del mundo, en los años de 1789 y 1790, Anacharsis Cloots profetizó que algún día la gente tomaría diligencias de París a Beijín como lo habrían hecho de Bordeaux a Estrasburgo, mientras que Bertrand Barère preguntaba complacientemente: “¿Quién no desearía ser francés?”

Sin embargo, entre 1793 y 1794, cuando la guerra se volvía desesperada, la convención cambió de opinión, promulgó una serie de medidas represivas en contra de los extranjeros residentes en Francia (incluyendo una propuesta, que nunca se llevó a cabo, que lo obligaba a portar en todo momento una banda tricolor), y se acusó nuevamente a los ingleses de haberse apartado de la comunidad humana (centrada en Francia). Los jacobinos más radicales insistían en que un odio irreconciliable y permanente separaba a los ingleses de los franceses, aun

---

<sup>43</sup> Gilbert Chinard, *George Washington as the French Knew Him*, Princeton, 1940, 29. Chinard nota que durante la guerra de independencia americana los franceses aparentemente no habían hecho la conexión entre el Washington joven y el de edad media. Esto fue posible como resultado de la confusión anterior sobre el nombre de Washington (“Washington/Wemcheston”) y porque la mayoría de los publicistas franceses, incluyendo a Thomas, ni siquiera lo utilizaron.

cuando sus oponentes moderados seguían distinguiendo entre el pueblo inglés supuestamente virtuoso y su gobierno depravado y corrupto. En su famosa declaración del 30 de enero de 1794, Robespierre declaró: “A mí no me agradan los ingleses porque el nombre mismo me recuerda el concepto de un pueblo insolente que se atreve a hacerle la guerra al pueblo generoso que ha recobrado su libertad [...] Dejad que esa gente destroce su gobierno [...] Hasta entonces, juro un odio implacable hacia ellos”.<sup>44</sup> Saint-Just insistió con ira: “Hagan que sus hijos juren odio inmortal a ese otro Cartago”, y las solicitudes de las asociaciones jacobinas provinciales le hicieron el eco debido, una de las cuales juraba: “odio eterno a esa raza de caníbales”. En su reporte sobre “los crímenes de Inglaterra contra el pueblo francés”, Barère concretó el punto de forma más brutal: “El odio nacional debe ser escuchado: debe haber un océano inmenso entre Dover y Calais en cuanto a los contactos comerciales y políticos; los jóvenes republicanos deben mamar junto con la leche de sus madres el odio por el nombre mismo de ‘inglés’”.

En las campañas propagandísticas masivas, los revolucionarios arremetieron en contra de los enemigos extranjeros de tal forma que superaron todo esfuerzo anterior. Asimismo, de nuevo promovieron con vehemencia la imagen del inglés bárbaro y el concepto de la guerra entre naciones, y literalmente redescubrieron la propaganda de guerra de la década de los cincuenta, como lo demuestra la facilidad con la que los antiguos poemas se publicaron bajo nuevos títulos, y la forma en que Rouget de Lisle tomó algunas líneas de la literatura antigua de la “Marseillaise”. Las asociaciones y los oradores de la convención denunciaron a “esos isleños bárbaros, la ruina de la humanidad, a quienes la naturaleza con los mares ya separó de la humanidad”; el “carácter bárbaro y el espíritu de los habitantes de la isla fecundada por infamias”; y “los más feroces, el pueblo más bárbaro, el más degradado de todos”. El informe de Barère hervía de cargos que una vez se lanzaron en contra de los asesinos de Jumonville, declarando que: “Al desembarcar en la isla (británica), César encontró sólo una tribu fiera [*peuplade*]”. “Su civilización y sus guerras civiles y marítimas siguen llevando la marca de su origen salvaje”. Además acusó a los ingleses de “corromper a la humanidad de salvajes”

---

<sup>44</sup> Robespierre, en Alphonse Aulard, *La société des Jacobins: Recueil de documents pour l'histoire du club de Jacobins de Paris*, París, 1889-95, V, 634.

en América, agregando esta línea verdaderamente alarmante: “Son una tribu ajena a Europa, ajena a la humanidad, y deben desaparecer”.<sup>45</sup> El destino final de un pueblo que no aceptó la verdad revelada por la sabiduría superior francesa sería el mismo que sufrió Cartago. Un informe anónimo de 1794 en los archivos del Departamento de Relaciones Exteriores enfatizó el punto con una precisión alarmante, cuando afirmó que los Países Bajos quedarían “arruinados”, España sería despojada de su casa real y Prusia sería conquistada; en cuanto a los ingleses y a los austriacos, serían “exterminados”.<sup>46</sup> Los jacobinos no aplicaron esta lógica únicamente a los enemigos extranjeros, sino también a los rebeldes contrarrevolucionarios de Vendée, a quienes en forma análoga se les clasificó como “extranjeros” y “bárbaros” que merecían la muerte en masa, con resultados horribles. “Mientras exista esta raza impura –dice Robespierre de los vandeanos– la República será triste y precaria”.

#### DE LAS GUERRAS RELIGIOSAS A LAS GUERRAS ENTRE NACIONES Y RAZAS

La literatura bélica se asemejó tanto a la propaganda de guerra anteriormente inspirada por la religión, que no resulta difícil ver la profunda conexión entre las dos. En primer lugar, las autoridades francesas compararon explícitamente a la *patrie* con un objeto de devoción religiosa a fin de incitar el ardor y el sacrificio de la población. Como escribió Vergennes, el ministro de Relaciones Exteriores, en 1782: “El francés, orgulloso del nombre que lo cubre de gloria, ve a la nación entera como su familia, a sus sacrificios entusiastas como una obligación religiosa hacia sus hermanos y ve a la patria como el objeto de su adoración”. En segundo término, los precedentes más importantes para el uso de materiales impresos a escala masiva para movilizar a la población a favor de la guerra fueron religiosos, especialmente los esfuerzos del partido *politique* de Enrique de Navarra en contra de España, y también en contra de sus oponentes de la Liga Católica. En tercer

<sup>45</sup> Barère, *Rapport sur les crimes de l'Angleterre*, 11, 12, 18.

<sup>46</sup> Archives de Ministère de Affaires Étrangères, Mémoires et Documents: France, 651, vol. 239. Agradezco al profesor Thomas Kaiser de la Universidad de Arkansas, a quien le debo esta cita y quien hizo la cita en su trabajo, “From the ‘Austrian Committee’ to the ‘Foreign Plot’: Marie-Antoinette, Austrophobia, and the ‘Terror’”, *Society for French Historical Studies* (Sociedad de Estudios Históricos Franceses), Scottsdale, marzo de 2000.

lugar, por lo menos desde el año 1500, los principales precedentes franceses utilizados para satanizar a una nación enemiga también fueron religiosos; durante las guerras de religión, hasta los panfletos dirigidos a hermanos católicos lograron establecer con frecuencia sus acusaciones en términos religiosos. Si Felipe II y sus súbditos eran bárbaros, como insistían los *politiques*, era precisamente porque eran católicos falsos, ateos secretos o hasta judíos o musulmanes. “¡Cómo –exclamó el *politique* Antoine Arnauld en su panfleto de 1589 *Copia del Antiespañol*–deberán los marranos convertirse en nuestros Reyes y Príncipes! ¿Deberá Francia sumarse a los títulos de ese Rey de Mallorca, ese medio moro, medio judío, medio sarraceno?”<sup>47</sup> Parece ser que la representación del inglés como bárbaro y europeo falso fue la vertiente secular de esos ejercicios xenófobos tempranos, así como la ilustración de paralelos más amplios entre los procesos de la construcción de una Iglesia en el siglo XVI y la construcción de una nación en el siglo XVIII, procesos que debían no sólo vincular al pueblo sino también purgar a los cuerpos religiosos y políticos de elementos impuros y peligrosos.

Asimismo, los “bárbaros” y “salvajes” del siglo XVIII evocan la moda religiosa temprana de definir la diversidad humana. Los escritores que describieron a los indios americanos como un pueblo grosero, incompleto y con la necesidad de ser civilizados le hicieron eco a los misioneros jesuitas que percibieron a los mismos indios como almas perdidas, necesitadas de instrucción en la fe verdadera. Anthony Pagden menciona que por siglos, “bárbaros” y “paganos” fueron virtualmente sinónimos, mientras que en su trabajo pionero sobre la antropología de la Ilustración, Michèle Duchet apunta que los mismos *philosophes* reconocían el vínculo entre las “misiones” religiosas y civilizadoras, y añade que “queda indisolublemente ligada al ideal de la evangelización el concepto de un modelo puramente colonizador, no sólo porque la historia no ofrece ejemplos, sino por la propia imagen de los salvajes como seres susceptibles a la persuasión que fue transmitida por siglos de misionología”.<sup>48</sup> Entre tanto, la descripción de los ingleses como bárbaros que voluntariamente renunciaron a los beneficios de la civilización francesa evocó anteriores condenas a aquellos grupos que habían vis-

<sup>47</sup> Antoine Arnauld, *Coppie de l'anti-espagnol, fait à Paris*, París, 1590, 12.

<sup>48</sup> Pagden, *Lords of All the World*, 24; Duchet, 210-211.

to, pero voluntariosamente rechazado la verdad revelada por los evangelios, como los herejes y especialmente los judíos. De forma algo misteriosa, las características nefastas atribuidas a los ingleses en el siglo XVIII, como el orgullo arrogante, el odio irracional hacia otros pueblos, el deseo de dominar al mundo y también el amor inmoderado por el dinero y el comercio (este último fue uno de los temas de los oradores de la Convención, y Barère llamó a los ingleses “una horda mercantil”), recuerdan las características que los escritores franceses comúnmente atribuían a los judíos.<sup>49</sup> Dichas comparaciones parecen improbables, pero consideren este pasaje escrito por Elie Fréron en 1756: “La intolerancia hacia los judíos en asuntos religiosos hizo que el universo entero sintiera indignación hacia ellos, y la intolerancia hacia los tiros y los cartagineses en asuntos comerciales apresuró su destrucción. Los ingleses deberían temer el mismo destino, ya que toda Europa les reprocha por los mismos principios, los mismos puntos de vista y los mismos vicios”.<sup>50</sup>

Finalmente está el propio Joseph Coulon de Jumonville: un hombre sin distinción, común, sencillo y simple, pero valiente, la encarnación misma de la virtud francesa. Las crónicas previas acerca de la gloria militar francesa contemplaban muy pocos precedentes basados en este tipo de héroe democrático, pero los volúmenes dedicados a los “grandes” e “ilustres” franceses antes de la década de los cincuenta, tomaron figuras militares casi exclusivamente de las filas de la alta nobleza y de los grandes guerreros (la excepción principal fue Juana de Arco, que se percibió más bien como figura religiosa). Los textos de este tipo comenzaron a considerar a los soldados comunes, incluyendo al propio Jumonville, hasta principios de los años de 1760; sin embargo, este tipo de hombre había poblado por muchos años las gruesas filas de los mártires y santos católicos. En ese sentido, Jumonville cuenta con bases fuertes para ser el primer mártir de la Francia moderna (recuerden la descripción patética que escribió Thomas acerca de su martirio: aun cuando sus ojos se cierran a la luz, su “alma” se “deleita”, no en Dios, sino en “el tierno recuerdo de Francia”). Él es el predecesor de los héroes ostensiblemente plebeyos de *Le siège de Calais*, pero sobre todo de los niños mártires pareci-

<sup>49</sup> Arthur Hertzberg, *The French Enlightenment and the Jews*, Nueva York, 1968, 248-313.

<sup>50</sup> Elie Fréron, citado por Dziembowski, en *Un nouveau patriotisme*, 84.

dos a Cristo de la Revolución francesa, como el pobre Viala, quien entre asfixias supuestamente emitió como sus últimas palabras: “Muero por la libertad”.<sup>51</sup>

Sobre este punto pienso que es útil especular sobre las implicaciones de este análisis acerca de las diferencias franco-inglesas, no sólo en relación con el nacionalismo francés sino también con la forma en que los franceses comprendían la diversidad humana en general y los orígenes del nacionalismo basado en el racismo. Con frecuencia, y con el fin ante todo de justificar la esclavitud de los africanos, se ha argumentado que el siglo XVIII propició nuevas ideas en Francia, incluyendo el nacimiento del racismo moderno. Como antecedente intelectual, los eruditos citan la debilitada teología cristiana y su insistencia sobre la descendencia común de la raza humana de Adán (“monogénesis”), frente a la creciente influencia de las ciencias biológicas con su propensión a la clasificación y a la categorización. Dichos argumentos podrían ser convincentes en lo referente a los pueblos de color, pero la ciencia racista europea de la época moderna ha intentado probar la diferencia racial esencial, no sólo entre los europeos y los no europeos, sino también al interior de la misma familia europea. El marco intelectual de las investigaciones de estas diferencias fue generalmente el mismo, pero aquí la “ciencia” se desarrolló al servicio del nacionalismo y no de la esclavitud o del imperialismo.

Me gustaría sugerir que las diferencias étnicas y raciales esenciales, comenzaron de hecho tanto en el centro como en la periferia, que comenzaron en el momento en que los franceses luchaban por distinguirse del pueblo inglés con el que sentían frecuentemente gran afinidad y similitud, pero que surgió como la amenaza más grande a su propio honor, prosperidad y comprensión del mundo. Es cierto que los polemistas, aun durante la Revolución, apenas describieron las diferencias entre los ingleses y los franceses en términos biológicos, aunque el término “raza” apareció de vez en cuando, por ejemplo en frases como “raza de caníbales” o “raza prejuiciosa”, y su uso en ese contexto aparentemente significó algo más que la definición común de “linaje” del siglo XVIII. Sin embargo, a pesar

---

<sup>51</sup> Lo dijo ciertamente en provenzal: “Aquo es égaou, mori per la libertat”. Patrice Higonnet, “The Politics of Linguistic Terrorism and Grammatical Hegemony During the French Revolution”, en *Social History*, V/1 (1980), 57.

de no haber surgido de una diferencia física específica y detectable por la ciencia de la biología, el error atribuido con más frecuencia a los ingleses fue de calidad moral, el de un espíritu malogrado que infectó a todo el pueblo inglés de generación en generación.

No obstante, al hacer la diferencia nacional, algo tan fiero e imperdonable como lo habían sido las diferencias religiosas durante la época de la Reforma, los polemistas en tiempos de guerra fueron más allá de las frías observaciones clínicas de los teóricos interesados en el clima y en los esquemas lineales del desarrollo, ya que sugirieron que los grupos nacionales, es decir los grupos unidos por un origen común más que por una fe común, compartían características que no podían explicarse con base en el clima o en la humedad, y que no podían alterarse por causa del clima cambiante.

Es precisamente aquí cuando los términos “salvaje” y “bárbaro” cobran importancia, ya que al no ser términos científicos plantearon un problema que la biología contestaría posteriormente (por mucho que estuvieran equivocados): la diferencia. Anthony Pagden escribió que cuando cambiaron los modos de explicar las diferencias humanas a principios del siglo XIX, ello se debió en parte a que los modelos sociológicos parecían incapaces de revelar el motivo por el cual algunos pueblos no lograron un progreso histórico;<sup>52</sup> éste fue precisamente el problema enfatizado por la figura del inglés bárbaro (los movimientos nacionalistas del siguiente siglo estigmatizarían a los enemigos, en particular a los judíos). A pesar de su pertenencia a la raza blanca y a la civilización europea, los ingleses eran vistos como ajenos, tan ajenos como los herejes lo habían sido para la Madre Iglesia, e inferiores y merecedores del odio, la subyugación y hasta el exterminio. No existe un antecedente de la expresión moderna del odio racial más claro que el informe de Barère sobre los crímenes ingleses: “El odio nacional debe ser escuchado”. ¿Podría lograr la ciencia racista del siglo XIX un grado de convicción tal sin estar profundamente arraigada en la diferencia entre las naciones?, y sobre todo, ¿sus creadores podrían haber llevado a cabo sus investigaciones?

Al menos en Francia, esta diferencia no se sentía antes de mediados del siglo XVIII, ya que surgió únicamente durante la Guerra de los Siete Años, cuando se

---

<sup>52</sup> Pagden, *The “Defense of Civilization”* (véase el cap. 1, núm. 14), 40-44.

intentó movilizar a toda la nación en contra de una nación enemiga como respuesta a la ansiedad frente a la posición cambiante de Francia en el mundo y a las crecientes demandas de la esfera pública. La imagen de los ingleses bárbaros, más ajenos aun que los aterrorizantes salvajes americanos, contribuyó a enseñar a los franceses ese sentido de diferencia nacional, sin retar al universalismo que permanecía como fuerza poderosa en la cultura francesa y que se expresó tan vigorosamente al comienzo de la Revolución, y posteriormente bajo Napoleón. Los ingleses eran diferentes precisamente por su rechazo a una cultura universal que giraba en torno de Francia; el asesinato de Jumonville, según los publicistas franceses, implicaba que los ingleses no sólo habían tomado la vida de un embajador desarmado, sino que también le habían dado muerte a su propia pertenencia al género humano. ❧